

to de obispos, y había hecho formal propósito de «observar en la milicia sagrada» el mismo método que en sus tropas, es decir, hacer que los eclesiásticos ascendiesen de grado en grado y no admitir «en los obispados y en otras dignidades importantes sino á aquellos que hubiesen servido efectivamente á la Iglesia, bien en la predicación, bien en las misiones ó desempeñando las funciones de párrocos y vicarios que lo abrazan todo; con lo cual los jóvenes de más elevada alcurnia no serían más dignos de compasión que cuando llevan el mosquete en mis guardias para llegar más adelante á mandar mis ejércitos.» No siempre observó esta regla, pero puso mucho cuidado en la elección, y no cometió grandes errores.

No excluyó á las personas de mediocre y aun de humilde prosapia, sino que, como los reyes de los primeros tiempos, hasta escogió obispos entre sus domésticos; Ancelin fué hijo de su nodriza, Sanguin de uno de sus maestresalas, Aquin de uno de sus médicos y Félix de uno de sus cirujanos. Saint-Simón menosprecia á esos advenedizos á quienes llama «fámulos de la hez del pueblo», «fámulos de seminario», «fámulos morados.» Finalmente, obispos como Huet, Flechier y Bossuet fueron de origen mediano ó bajo.

Pero estos tres obispos llegaron tarde al episcopado: Huet á los cincuenta y cinco años, Flechier á los cincuenta y tres y Bossuet á los cuarenta y dos, y no subieron á las altas dignidades de la Iglesia. Por lo demás, fueron excepciones, pues en el siglo XVII el alto clero sale de las familias nobles y sobre todo de las familias ministeriales ó parlamentarias, según se ve por el cuadro de los diputados de la asamblea de 1682. El arzobispo de París, Francisco de Harlay de Champvallón, fué nombrado, siendo aún muy joven, por Mazarino arzobispo de Ruán, cargo en el que sucedió á un tío suyo y del cual pasó, en 1671, á la sede de París. Desde el siglo XVI los Harlay eran grandes personajes parlamentarios. El arzobispo de Reims, Le Tellier, es hijo y hermano de ministro; el coadjutor de Ruán, Jacobo Nicolás Colbert, hijo y hermano de ministro; el arzobispo de Bourges, Phelipeaux de la Vrilliere, nieto y hermano de ministro, había sido consejero del parlamento de París antes de ser obispo; Brulart de Genlis, arzobispo de Embrún, cuenta entre sus ascendientes un canceller, un secretario de Estado y un teniente general de los ejércitos; Juan Bautista Colbert de Villacerf, obispo de Montaubán, es primo de ministro; Le Goux de la Berchere, obispo de Lavaur, es hijo y sobrino de primeros presidentes de parlamento y hermano de intendente; Andrés Colbert, obispo de Auxerre, es primo de Colbert y sucedió á Nicolás Colbert, hermano del ministro; Bouthilier de Chavigny, obispo de Troyes, es nieto de superintendente é hijo de ministro; y Du Lauréns, obispo de Belley, es hermano de un consejero del parlamento de París. Entre los diputados del segundo orden hay un hijo y hermano de intendentes y cuñado de un consejero del parlamento de París; un hijo de un presidente del mismo parlamento; un hijo de un presidente de la Cámara de las cuentas de Aix; un hijo y hermano de presidentes del parlamento de Burdeos, hermano de intendente, etc. Otros muchos miembros de la Asamblea tenían vínculos personales con el rey ó con los ministros; así el obispo de Saint-Malo, el arzobispo de Auch

y el obispo de Langres habían sido limosneros de la reina madre, del rey y de la reina respectivamente. Los únicos diputados cuya independencia no podía ser sospechosa, eran dos recién llegados al reino, casi dos extranjeros, los arzobispos de Cambrai y de Besanzón, elegidos por sus cabildos antes de la anexión de las dos ciudades. Esos diputados de la Asamblea no eran, en realidad, más que una parte del clero de Francia y habían sido elegidos muchos de ellos como personas gratas á la corte; pero en casi todo el cuerpo episcopal encontramos esas afinidades cortesanas, esa misma procedencia y la predisposición á servir á aquélla.

III.—La mediocridad del clero

Hemos dicho que la Iglesia de Francia parecía una gran potencia; y, sin embargo, no lo era, pues el hecho de que el rey reclutara el clero entre familias privilegiadas, la circunstancia de haberse convertido el «ministerio» en una especie de prebenda para los predestinados, y la intimidación de los clérigos con la nobleza y la magistratura, la debilitaban y pervertían.

En el alto clero era poco frecuente la vocación cristiana. Para los hijos de las familias ilustres Dios fué un recurso á falta de otro mejor; y se le servía cuando, sea por razones de nacimiento, sea por enfermedad, no se podía servir al rey. Bourdaloue lo ha repetido muchas veces:

«Apenas ha nacido ese niño, la Iglesia es su patrimonio... Basta que sea el segundón de la casa para no dudar de que está llamado á la función de pastor de almas... Ese primogénito no ha sido al nacer bastante favorecido por la naturaleza y carece de ciertas cualidades para sostener la gloria de su nombre... Pues se piensa, por decirlo así, en degradarlo y se le rebaja al nombre del segundón, arrancando para esto un consentimiento forzado... Si entre varios hijos que componen la misma familia hay uno más despreciable, es siempre este...» etc.

La Iglesia de Francia en el siglo XVI contó varios santos obispos y abades que vivieron predicando é instruyendo, que fueron caritativos y fundaron seminarios, hospitales y misiones, y á quienes nunca se vió en la corte; pero el número de los que así obraron fué muy reducido. «En su diócesis está uno seguro, escribía Le Camús, obispo de Grenoble; en la corte se está en peligro por poco que en ella se permanezca.» En ella perdieron su estrella los magos.» Pero la corte atraía á todos los magos y al rey, por otra parte, gustábase ver en torno suyo á «toda la Francia,» fondo sobre el cual brillaban las manchas moradas y rojas de las sotanas arzobispales y cardenalicias. El abad de Mailly, cuando fué nombrado arzobispo de Arlés, «dijo al rey al despedirse, que no podía resolverse á estar mucho tiempo sin verle y que le suplicaba que tomara á bien que viniese á pasar todos los años tres semanas en Versalles. El rey le agradecía mucho una adhesión de la que estaba celoso, «sin menoscabar los deberes del episcopado y de la residencia.» Luis XIV no permitía que Dios hiciese olvidar al rey, y la corte, sobre todo las damas, no quería privarse de la presencia de los obispos. «¡Qué locura ir á Reims!, decía la señora de Coulanges á Le Tellier. ¿Y qué vais á hacer allí? Os aburriréis como un perro. Quedaos aquí, que nos pasearemos.»

De modo que los obispos descuidaban el deber de la residencia, tan imperiosamente ordenado por el concilio de Trento y que se consideraba como uno de los medios esenciales de la reforma de la Iglesia. Por un obispo de Avranches «que no salía de su diócesis por miedo de morir fuera de ella,» cuántos otros hay, decía la señora de Sevigné, «á quienes la muerte habría de atrapar muy pronto para cogerles en las suyas.» El obispo de Yprés «no se movía de París y decía que en su catedral había un vaho que le hacía desmayarse cada vez que en ella entraba.» Chavigny, obispo de Troyes, dice Saint-Simón, se pasaba la vida «en la mejor y más distinguida compañía de la corte y de la ciudad, solicitado por todo el mundo y particularmente en las grandes partidas de juego y entre todas las damas, de quienes era favorito y que no le llamaban sino el Troyano, perro de obispo y perro de Troyano, cuando les ganaba el dinero. De tarde en tarde iba á aburrirse una temporada en Troyes, en donde por el bien parecer y á falta de cosa mejor, desempeñaba sus funciones; pero estaba allí poco tiempo, y una vez regresado á la corte, no había quien de allí le arrancara.»

Algunos de los obispos cortesanos deshonraron la Iglesia con ruidosos escándalos y «con sacrilegios;» pero el vicio mayor del alto clero fué la mundanidad. Han «ingresado en la Iglesia. ¿Por qué? Para recoger sus rentas y para ostentarse con la mitra y la púrpura.» «Creen no poder sostener su ministerio más que merced al fausto mundano, á la afectación de grandeza, á la magnificencia del tren, al brillo de una suntuosidad superflua, á las eternas disputas sobre precedencias, sobre prerrogativas, sobre la dignidad...» Son «mundanos en los asuntos en que se ocupan y viven en una agitación perpetua de procedimientos, procesos y cuidados temporales...; mundanos en sus costumbres y en sus relaciones sociales, pues quieren formar parte de todas las asambleas, de todos los juegos, de todos los placeres, de todos los espectáculos...; mundanos hasta en su traje... por toda la limpieza, todo el atavío y todo el lujo que pueden unir á la sencillez evangélica.» Son mundanos en el mismo púlpito cristiano, pues si bien es cierto que hay predicadores «que descubren la verdad y predicán santamente, vigorosamente y útilmente,» éstos son muy pocos, y en cambio «vemos todos los días la cátedra del Evangelio, que es la cátedra de la verdad, servir de teatro á las más mundanas vanidades.» Esos severísimos juicios de Bourdaloue son muy justos, y cada línea de los mismos puede ser comentada con nombres y con ejemplos.

He aquí otra frase grave de Bourdaloue: «Muchos obreros para los ministerios brillantes, pero muy pocos para los empleos oscuros; muchos para las ciudades, pocos para los campos.» En efecto, entre la alta y la baja iglesia el contraste era absoluto y resulta patente leyendo, después de las actas de las asambleas del clero, las de las visitas episcopales en las diócesis. Las asambleas en donde figuran prelados cargados de títulos, de honores y de ornamentos, parecen reuniones de hombres de mundo, y sus actas están perfumadas de cortesía. Una de éstas refiere que al final de un período de sesiones se eligió al prelado que debía llevar el Santo Sacramento en la sesión de clausura, y que se rogó al señor arzobispo presidente que «se tomara ese trabajo.»

Visitas, homenajes tributados y homenajes devueltos alternan con las discusiones y los discursos, en los que brillan la elocuencia y las «luces» de obispos instruídos que hicieron excelentes estudios y sostuvieron en otro tiempo excelentes tesis, con aplauso de la corte y de la ciudad, en la casa de Sorbona ó en el colegio de Navarra. En cambio las actas de visitas episcopales, á pesar de que de los seminarios poco á poco establecidos en las diócesis salen algunos buenos sacerdotes, revelan un estado tal del clero, que á duras penas se les daría crédito si no se tratase de documentos en que la Iglesia se ve juzgada por la Iglesia misma; en ellas se patentizan la miseria de los edificios, la situación ruinosa de las iglesias, en donde la lluvia cae sobre las desunidas losas; la pobreza, la miseria de los tabernáculos y de los vasos sagrados; las malas costumbres y la ignorancia de los curas rurales, ignorancia que llega hasta el punto de que alguno de éstos no puede contestar á la pregunta: «¿Qué es un sacramento?»

Al bajo clero, como al pueblo bajo, se le olvida y menosprecia; no es elegible ni siquiera elector para las asambleas diocesanas, y en la Iglesia se hace de él el mismo caso que del vulgo en el Estado. El abandono en que se le deja explica en parte la inverosímil incapacidad moral é intelectual cuyas pruebas aportarán los intendentes, los gobernadores, los ministros y el rey en el capítulo de la revocación del edicto de Nantes. Esa miseria de la plebe sacerdotal fué la vergüenza de la antigua Iglesia.

Otro vicio del clero era «la complacencia con el rey.» Del clero de Francia subía hacia Luis XIV la larga hilera de incensarios; la Iglesia colocó á aquel monarca tan cerca de Dios que los términos que los separaban apenas se distinguían y aun había gente ingenua que llegaba á confundirlos. «Nos cuentan, decía la señora de Sevigné á su hija, que los Mínimos de vuestra Provenza han dedicado al rey una tesis en la que le comparan con Dios, pero de manera que se ve que Dios es la copia;» y añade: «Todo esto es perjudicial.» Lo mismo opinó la Sorbona, que condenó aquella tesis, después que Bossuet la hubo mostrado al rey, diciendo que Su Majestad no debía tolerarla. Al inaugurarse la asamblea de 1681, el arzobispo presidente estableció la distinción entre las dos religiones: la Compañía, dijo, ha «cumplido los deberes de su primera religión con la celebración de la misa del Espíritu Santo; pero hay una segunda religión á la que es preciso satisfacer y que consiste en ofrecer sus respetos al rey.» Primera religión, segunda religión: la jerarquía queda establecida, pero esas dos religiones están muy cerca una de otra. En una de las primeras sesiones, el promotor Chéron define la persona del rey en los siguientes términos: «En el ejército es más que rey; en el combate, más que soldado; en el reino, más que emperador; en el gobierno civil, más que pretor; en el tribunal, más que juez; en la Iglesia, más que sacerdote.»

Bien es verdad que hay que tener en cuenta los motivos nobles de esa sumisión de la Iglesia al rey; la obediencia ordenada por el Evangelio, la creencia sincera de que la monarquía es de derecho divino y de que el rey procede de Dios para representarle en la tierra; la larga costumbre de ver en la persona del rey una mezcla de sagrado y profano, y la fidelidad patriótica al

rey en quien reside la Francia. Además la Iglesia esperaba del «hijo primogénito» el desquite de los males que la herejía le había hecho sufrir y el restablecimiento de los altares derribados en el siglo precedente. Pero hay que considerar también que muchos obispos, en su mayoría nacidos en la clientela del rey, aportaban al episcopado hábitos heredados de obediencia y de servicio, y se hallaban sujetos por el temor y aún más por la esperanza, por la ambición de las gracias lucrativas, ó de una palabra afectuosa, de una sonrisa, de una mirada del rey. De este modo se completó el enorme poder real; nadie podía ni osaba ya hablar en nombre de los hombres; nadie tampoco osó hablar en nombre de Dios. Algunos predicadores recordaron al auditorio de la capilla las horribles miserias de los humildes, las maldades y los vicios de los grandes y hasta, por alusión, los vicios del mismo rey; pero al bajar del púlpito esos Jeremías se humanizaban, se inclinaban y sonreían como toda la Iglesia.

La servidumbre eclesiástica no fué recompensada con honores políticos; los preladados, empleados tan á menudo en el servicio del Estado antes de Luis XIV, fueron postergados por éste, que tuvo para el clero buenas palabras y mercedes, pero también rigores para los desidentes. Si bien no puede atribuirse sólo á la Iglesia la revocación del edicto de Nantes, ya veremos á su tiempo que en su docilidad y en las liberalidades de sus asambleas encontró ella razones para reclamarla como cosa debida. Luis XIV dió á la Iglesia la persecución, como dió á la nobleza la guerra. La autocracia ha costado muy cara.

IV.—Conclusión sobre la sociedad

De ese estudio, por muy imperfecto que sea, de la sociedad francesa en tiempo de Luis XIV pueden deducirse algunas conclusiones.

Uno de los principales caracteres de aquella sociedad es la diseminación de sus miembros. El labriego vive en su parroquia y el obrero en su corporación; las parroquias están aisladas unas de otras y con las corporaciones acontece lo mismo. No hay clase campesina ni clase obrera, y entre la masa de los aldeanos y obreros y los órdenes privilegiados existen condiciones intermedias, la de los abogados, la de los procuradores, la de los médicos, la de los literatos y la de los comerciantes ricos ó acomodados. De estas últimas no hemos hablado en el curso del presente estudio, porque no constituyen un conjunto como los labriegos, los obreros y las varias clases de privilegiados. Finalmente, los funcionarios, la nobleza y el clero son categorías perfectamente marcadas, aunque cada una de ellas adolece de falta de cohesión; pues aun el mismo clero, que puede ser considerado como un orden, está dividido en dos clases separadas por una alta barrera.

Estas categorías jamás aparecen reunidas juntas. Había casi llegado á ser costumbre que los Estados generales fuesen convocados en tiempos de menor edad del rey, que eran siempre tiempos de disturbios. Fueron efectivamente convocados en 1649, pero á la convocatoria no siguió reunión alguna. En febrero de 1651 celebrábase una asamblea de la nobleza en París, en donde estaba entonces reunida la Asamblea general del

clero, y clero y nobleza se visitaron mutuamente y hablaron de los Estados generales, que parecían ser «el único remedio á tantos males.» El rey y la reina Ana prometieron convocar los Estados y autorizaron por letras patentes á los nobles á reunirse para recordarles su promesa «en caso de incumplimiento;» y como la promesa parecía olvidada, reuniéronse varios nobles por baillías y las distintas baillías se pusieron de acuerdo. El rey contuvo ese movimiento: «Unos cuantos hidalgos, escribe, se han congregado en asambleas particulares sin permiso ni intervención de magistrados..., contrariamente á las formas y leyes de nuestro reino;» y tan extraño considera esto, que da á entender que aquellos hidalgos no saben lo que se hacen: «De no ser así, no es creíble que el cuerpo de mi nobleza, al que siempre he amado afectuosamente y que, por varias razones, tiene más interés que ningún otro en que se observe el antiguo orden de cosas establecido en este Estado y en que se conserve mi autoridad, de la cual dependen sus privilegios, hubiese querido permitir que le metieran en una empresa que podía tener consecuencias tan perjudiciales (1).»

Aquellos «cuantos hidalgos» tenían una imaginación arcaica; diríase que se oye á gentes de remotas épocas cuando, en una circular dirigida á todos los hidalgos, hablan de «señores del clero, nuestros antepasados, con quienes (han sido) comunes desde nuestro origen nuestros intereses, lo cual, por otra parte, no es del todo cierto. Pero dijeron una gran verdad: «La nobleza hallábase desgraciadamente dividida por la diversidad de los intereses particulares y por la falta de comunicación...» Esto podía decirse de la nación entera, en la que existen cuadros grandes, cuadros medianos y una multitud de compartimientos, y en la que la vida mezquina, la vida egoísta, las preocupaciones de casta y de profesión y la perpetua contienda de rudas vanidades se observan recíprocamente, dispuestas á la lucha, reinando en todas partes una especie de frenesí en «trabajarnos los unos á los otros,» como decía Loyseau.

Esa sociedad, sin embargo, parece muy sólida. Clero, nobleza y funcionarios, esas «profesiones» que no se aman ni se estiman entre sí, están adheridas, por decirlo así, á la persona del rey por la cuenta que á cada una le tiene. El rey es del clero por su derecho, que es divino como el de los obispos, por el sacramento de la unción real y por la cualidad de hijo primogénito y de protector de la Iglesia; es de la nobleza como primer hidalgo de Francia; es el funcionario perfecto, funcionario de Dios «como lugarteniente suyo,» de quien todos los demás funcionarios reciben su empleo; es jefe de toda justicia y juez por excelencia. De suerte que en él todo se junta; gracias á él todo permanece unido, y en él tienen un sostén clero, nobleza y magistratura, que, á su vez, son las columnas de la monarquía, formando entre todos una coalición de intereses, una sociedad de apoyos mutuos embellecida por sentimientos tales como el respeto del clero al elegido de Dios, la lealtad de la nobleza al primer hidalgo y el res-

(1) Véanse la *Lettre circulaire envoyée dans les provinces à tous les gentilshommes de ce royaume...* en Feuillet, *La misère au temps de la Fronde*, pág. 365-6, y la carta del rey en las *Mémoires de Bussy-Rabutin* del año 1652.

peto de la magistratura al *Princeps*, fuente de la Justicia y de la Ley.

Mas el clero, la nobleza y los funcionarios pretenden ser toda la nación. En efecto, el canciller Seguier, hablando ante el consejo de justicia, divide la nación en tres órdenes, clero, nobleza y judicatura, y Colbert, en la instrucción dirigida á los relatores comisarios, la divide en cuatro «gobiernos:» «eclesiástico,» que es el clero; «militar,» que es la nobleza; «Justicia» y «Hacienda.» Ninguno de ellos habla del Tercer Estado, cuyo nombre sólo aparece en las asambleas provinciales; y aun el Tercer Estado de éstas no se compone, en realidad, más que de funcionarios de las ciudades ó del rey, pues en ellas, como en todo el reino, la burocracia ha acaparado el tercer orden (1).

El resto no es sino una masa que trabaja para mantener á las categorías privilegiadas. El trabajo «de los pueblos» se denomina «obra servil,» y los subsidios que éstos pagan, «cargas viles.» Vivir de los pueblos y menospreciarlos, hacer del privilegio una cosa vergonzosa y de la contribución pública una especie de infamia, era la paradoja sobre la cual vivía la sociedad francesa.

(1) Véase los Estados Generales de 1614-1615 en el tomo anterior.

Entre los hombres que sirven á Luis XIV, uno solo, el único grande, Colbert, comprende que aquella sociedad necesita ser enteramente transformada; los demás, dijérase que creían en la perennidad del régimen. Luis XIV no dudó de ello seguramente y no vió ni la paradoja ni el peligro. Considerando su conducta para con cada una de las «condiciones,» se ve con certeza que no quiso sinceramente llevarlas, según sus propias palabras «á la perfección que les conviene.» Ni la vida de los campesinos ni la de los obreros mejoraron; los empleos desmerecieron con la competencia de los intendentes; la magistratura se desprestigió; la nobleza quedó resueltamente fuera del Estado y, empobrecida é inútil, sólo pudo sostenerse merced á los privilegios, á los regalos, á las pensiones y á la servidumbre que aceptó solícita; y finalmente, nada hay menos evangélico en el mundo que el clero de Francia en tiempo de Luis XIV.

Y es porque el rey no ha tenido más que una preocupación constante: asegurarse una mayor obediencia. No ha pensado sino en él y ha disminuído el valor de todo lo que no era él, debilitando al propio tiempo con ello los puntales. Las columnas en que la monarquía se apoya son columnas huecas; Luis XIV ha llevado la monarquía á la perfección, apelando á medios que preparaban la ruina de la misma.